

brada conciencia de sus derechos, no apoya sus doctrinas en Jorge Sand, a no ser como se recoge la estrofa de un poeta para alzar un canto de libertad y rebelión.

Son pues los historiadores literarios y los críticos los que buscan en Jorge Sand un elocuente testimonio acerca del pensar y del sentir de sus contemporáneos, durante los breves años de la plenitud romántica, y hallan, en sus páginas exaltadas, con exaltación tan característica, la sucesión de las ideas nuevas entonces, la última palabra de la moda intelectual, el reflejo claro de la evolución que sufrían las letras, y a la vez el caso más típico de romanticismo agudo, por decirlo así, espontáneo — o al menos indeterminado en sus orígenes —. Porque los antecedentes de Jorge Sand, y aun ciertos aspectos de su alma, darían en otro ambiente, muy distinto resultado. Pudo sin duda ser una gran mística, cuando experimentó la crisis del sentimiento religioso en el convento.

Y cabría decir de ella lo que dice el pirata de su cautiva:

Lo debe a mis compañeros:
ayer monja, y hoy sultana.

Sin el compañerismo literario, sin las influencias, Jorge Sand, probablemente, hubiese escrito de muy diverso modo.

Una de las razones — ¿debe llamarse razón? — por las cuales nuestra época ha olvidado leer a Jorge Sand, es algo que la honra, y a la vez responde a los caracteres peculiares de la evolución literaria francesa, que es como decir europea. Con todos los defectos y errores que hay que anotar en su literatura, y no sólo en su literatura, Jorge Sand es mujer de excelentes entrañas, optimista, bondadosa, sin hiel ni bilis.

Y la evolución, hablo en general, ha ido determinándose en sentido opuesto a la bondad, con un sabor de pesimismo amargo, no siempre alto ni estoi-co, a la manera de Vigny, sino con derivaciones hacia el reconocimiento de los derechos del instinto, en sus más bajas manifestaciones. ¡A Jorge Sand la hubiesen sorprendido y repugnado tantas cosas de nuestra edad! No hubiese aceptado la compasión morbosa, a la rusa, que lleva en una mano el bálsamo y en otra la bomba o el revólver; y las decadencias y corrupciones del neidealismo la hubiesen sublevado más aún que la grosería de algunas obras naturalistas.

La perversidad encontraría en Jorge Sand un natural enemigo, y lo mismo las depravaciones de los sentidos, pues Jorge Sand era normal en todo, bajo las apariencias extravagantes de su heroína Lelia. Hoy parece que hay quien prefiera a la salpimentada Claudina, o a la alambicada Rachilde, con sus casos dignos de algún Museo secreto, pero que estimulan a los paladares gastados por tanta especia.

Pero vamos a la inmoralidad de Jorge Sand, a sus novelas de combate por la soberanía del yo.

Después de un ensayo en colaboración con el mediano escritor Sandeau, publicó Jorge Sand *Indiana*, en la cual, lo mismo que en las siguientes, creyeron encontrar revelaciones autobiográficas los curiosos indiscretos.

No era verdad, en lo que a los hechos se refiere; pudo serlo en parte, si se considera de más importancia que los hechos la vida interior sentimental. Las páginas de *Indiana* están embebidas de las meditaciones de la solitaria de Nohant, de las neblinas de su aburrimiento, de sus ansias de expansión, de eso que después se ha llamado el anhelo de *vivir su vida*; las ilusiones, en fin, de que el romanticismo era cómplice.

Hay, es cierto, en *Indiana*, un alegato contra el matrimonio, en contra del amor, que, según Jorge Sand, había de ser muy noble, apasionado y puro. La heroína de la novela es una criolla, unida en plena juventud a un coronel viejo y desagradable, y prendada de un muchacho elegante y corrido que se llama Raimundo de Ramiéres, y que sólo ve en Indiana una distracción grata y apetecible, lo cual bien puede afirmarse que es lo más común, y sucederá, de cien casos, en noventa y nueve. Pero Indiana no lo entiende así; quiere abandonar su casa, para vivir libremente y eternamente con Raimundo; y es Raimundo quien la sosiega, es decir, quien la da el golpe más cruel, destruyendo sus ilusiones, reprendiendo su imprudencia y devolviéndola a su hogar. Por fortuna hay un inglés llamado Ralph que entiende la pasión lo mismo que Indiana, que ama a Indiana callando, que la salva de los peligros en que la puso su candidez, y que, cuando descubre su oculto fuego, propone a Indiana un doble suicidio. La proposición, como era de esperar, es muy del gusto de la romántica, y si no realizan el plan, es

porque en éstas el coronel tiene la oportunidad de morir, y Ralph e Indiana pueden ser dichosos, sin arrojarse en ningún precipicio, como tenían combinado.

No es culpa mía, si el argumento de *Indiana*, referido tan sucintamente, parece hasta cómico. Envuelto en el bello estilo, en la prosa encantada de la autora, resiste algo más el examen. De todas suertes, no me parece que en tal ficción se encierre ningún ataque peligroso para una institución determinada, aunque la ponga en tela de juicio, mejor se dijera en tela de locura. Lo que sucede es que hay obras cuyo efecto no depende ni de la solidez de su trama intelectual ni aun de la intensidad de su problema sentimental, sino de la posición de las estrellas. Y hay instituciones que con sólo discutir las, reciben daño.

Si razonamos la tesis de *Indiana*, sacaremos en limpio que no es cosa buena el matrimonio, pero tampoco el amor es el cúralo todo. La autora lo habrá querido o no lo habrá querido, pero su heroína encuentra mayores desencantos en su ciega pasión, que en la unión conyugal, y, a no intervenir el inglés, que es una abstracción, un muñeco de cartón piedra, mal lo pasaría la pobre criolla. Por este lado, no me parece excesivamente subversivo el tema de Jorge Sand, aun cuando su época, por frecuente espejismo, creyese otra cosa.

Veamos si tiene más intención *Valentina*. Pasa esta novela por ser de las mejores de su autora, al menos en su primera manera, y yo también lo creo así. Lo que no veo en ella es nada que mine y eche a tierra las bases del matrimonio. Sin duda la desastrosa unión de Valentina con el conde de Lansac es el origen de las desdichas de una mujer tan leal, delicada y generosa; pero volvemos a lo de antes: la fatalidad, para Valentina, no es tanto su matrimonio, como su amor, puesto en Benedicto, al cual mata por celos, no el conde de Lansac, que bien pudiera hacerlo después de la confesión de su mujer, sino el marido de la propia hermana de Valentina. Para las heroínas de Jorge Sand, la fatalidad, más que el matrimonio, es la pasión. Almas violentamente líricas, aspirando a un infinito de felicidad que jamás se habrá realizado, nacen predestinadas al dolor y a la pérdida del ideal. Son además escasas las almas de tal temple, y para unos cuantos individuos excepcionales, no suele estar hecha la ley ni la sociedad tampoco, aun cuando yo reconozco que los derechos del individuo merecen también atención y respeto, de parte del legislador, y que no puede extremarse, bien vamos camino de ello, el sacrificio del individuo al sentido general.

Conviene recordar también que Jorge Sand ha protestado siempre de que se le atribuya el propósito de disolver el matrimonio. Tuviérase o no, el verdadero ataque contra él fué la afirmación individualista de los privilegios de la pasión, de su carácter sagrado, divino, bajado del cielo. Esto lo dice en varios pasajes de las novelas que he reseñado. Y lo que ella afirmó por lo sublime, con su entusiasmo de soñadora, lo soltó en su lenguaje seco y algo cínico de húsar que ha seguido las campañas de Napoleón, el anatómico Stendhal. «Cuando un hombre y una mujer se aman, se pertenecen de derecho.»

Tratándose de Jorge Sand, sería error querer reducir a términos lógicos las ideaciones. A Jorge Sand hay que verla como a poeta, y poeta alado, de los que buscan la elevación y no la exactitud. También un poco del donjuanismo que existe en la historia de su corazón, se descubre en la de sus ideas; sólo que don Juan persigue lo infinito de la sensación, y Jorge Sand lo infinito de la idealidad sentimental y sublime. Además, Jorge Sand recoge los elementos del aire, como la planta. No hay cosa más mudable ni más impresionable que la mente de Jorge Sand, ni persona más convencible, siempre que la idea sugerida no subleve su bondad, no sea cruel, ni dura. Por eso tan fácilmente la persuadieron los humanitarismos de Michel de Bourges. Leyendo despacio la novela *Valentina*, anterior a la pretendida conversión de Jorge Sand al socialismo, se ve cuán preparado estaba el terreno, cuán fácil debió de ser al apóstol reducir a la neófito.

Vista de lejos, parecerá Jorge Sand una demolidora, una revolucionaria consciente. De cerca, lo más visible es su inocencia intelectual, unida a verdadero genio, a facultades poderosísimas. Son sorpresas que no tienen nada de dolorosas. Un amigo mío que ya ha muerto, Guillermo Lán, me refería cómo, habiendo viajado una noche en el tren, en compañía de una señora de edad que después supo ser Jorge Sand, le admiró la dulzura, la paz de su aspecto. «Yo suponía — añadió — que sería una mujer varonil...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En un periódico acabo de leer (como dice con gracia el pueblo gallego, los periódicos aguantan lo que les ponen) que Jorge Sand, con sus atrevidas opiniones sobre el matrimonio, tuvo la culpa de las derrotas de su patria.

Me quedé un tanto pensativa. No veía tan claro el hilo, sutil o fuerte, que podía enlazar estos hechos. Y, como hacía tiempo que no leía a Jorge Sand, releí aquellas de sus novelas que tratan del matrimonio.

Ante todo, y después de cuanto pueda decirse de Jorge Sand, es innegable que fué un admirable escritor; que poseía, como confiesan muchos críticos, la amplitud, el número, la lactea abundancia, la fluidez, una mágica facilidad, un caudal de río ancho que arrastra arenas de oro, y sobre todo, la poesía immanente, en el mismo grado en que pudo tenerla Lamartine. Y, rendido este tributo de justicia, también es preciso convenir en que, según el dicho de su biógrafo Caro, hoy nadie lee a Jorge Sand. ¿Por ser olvidadiza o distraída la posteridad? Declaro, por cuenta propia, que tal lectura es muy difícil. Al hacer esta afirmación, no me refiero a toda la obra de Jorge Sand, como se refiere Caro. Me limito a sus primeras novelas, en las cuales el lirismo está más de manifiesto, o por mejor decir, es el espíritu informante, la doctrina predicada, el alma de cada página, que quiso ser fuego y bien pronto fué ceniza.

El fenómeno no pudiera explicarse por el tiempo transcurrido, por la distancia y los mundos de pensamiento que nos separan de Jorge Sand. Libros mucho más antiguos que los suyos se leen; algunos parecen más frescos y vivos que cuando se escribieron. Para ciertas obras, el tiempo es el aroma que embalsama y conserva; para otras, el velo de telarañas de lo olvidado. Claro que las primeras están en minoría.

Y las primeras son siempre — no se me citará en contra de esta regla ni un ejemplo — las de realidad y verdad humana. Las de afectación, aun sincera, como fué la de Jorge Sand, que siempre anduvo de buena fe, las que se basan en lo falso, no perduran. Y los que hoy las leemos, nos asombraríamos de que pudiesen agitar a la humanidad problemas que el más corto instante lúcido, un relámpago de razón, bastaría para esclarecer.

Cuando una obra produce en el público los efectos que produjeron las de Jorge Sand, del primer período, y arrancan tal explosión de entusiasmo, unida a tal desate de indignaciones, sátiras, acensas y acusaciones manando saña, es que ese libro pertenece a su época de lleno, y, con arte mayor o menor, pero con acierto seguro, ha puesto el dedo en la herida, ha hecho vibrar la sensible cuerda. Y este mérito hemos de reconocerlo en Jorge Sand, para no liquidar desdeñosamente su cuenta, y no considerar algunos pasajes de sus novelas fruto de la alucinación y el subdelirio. El subdelirio estaba en el aire.

A pesar de los años que han corrido, el individualismo lírico, del cual fué tan cumplido modelo durante su primer etapa Jorge Sand, ha continuado desarrollándose en varias formas, especialmente en las sociales, o, para decirlo mejor, en las antisociales; y acaso, para atajar su marcha por mucho tiempo, se necesite una convulsión tan espantosa como la que estamos presenciando, el mayor acontecimiento épico y colectivo que registra la historia. O se equivocan los que discurren acerca de la guerra actual y sus probables consecuencias, o natural será que la dura y sangrienta enseñanza redunde en pro de la fuerte organización social y nacional, no del individuo aislado y su altiva independencia. Y esto, venza quien venciere.

Verosímil parece también que el individualismo, que por lo menos ha de retoñar, pues la semilla cundió mucho, y el individuo tiene ya no sé si diga so-

LA

Es el m
muerte ven
bre, en los
algunos de
mo, lo arro
tar su roja

¿Os gusta
ron nazarer
del agua, di
sa. No por
zumo de la:
les el vino,
tativo neces
en todo, pu
valor muy a
nos se siste

El estreñ
mentan ant
una copa c
rancio, lo t
ladera tapiz
chos, un hi
goteo fino.

La civili:
que necesit
Cuando se
la privación
en los tren
los cuales,
fria, suficien
ra, por lo r
muchas cos
en el lavab
dos que no
que no dan
dad, de la «
ta es clásica
re usted?»

¡Qué he
verdadera r
rostro con
bonilla que
narse.

También
agua fresca
más fácil, p
friarla. Con
además, en
simpática y
poco agrad
tantas cosa
origen del
des prehist

Volvienc
que los mé
dicos, triun
sólo matari
tarian a la
sobrada de
cho a apro

Hay qui
con una fru
rebase el li
mento de «
na? Ni aun
nado a em
nacer, al f
tos que re

Hay hon
disfrutar d
do fui invi
sión perdi

Yo habi
en la Exp
mónica al